

RETRATO DE UN MATRIMONIO

La publicación de unas cartas de amor de doña Emilia Pardo Bazán a Galdós, que Carmen Bravo Villasante ha incluido en su reciente biografía de la, en su tiempo, famosísima escritora, ha suscitado ciertas quejas y censuras que han tenido algún eco en la prensa. Natalia Figueroa ha juzgado dicha publicación como una falta de respeto a doña Emilia, porque ésta le llamaba a don Benito en sus cartas con apelativos cariñosos y enviaba besos mil a los ojos, la boca y el cuello de su amante. Y don Agustín de Figueroa ha considerado, en un artículo de «ABC», totalmente inoportuna y prematura la publicación de esas cartas. Cincuenta años —los transcurridos desde la muerte de doña Emilia— no bastan, ha dicho don Agustín, para justificar tal atrevimiento. Hay que advertir que Carmen Bravo se ha decidido a publicarlas porque no queda ningún descendiente directo de la Pardo Bazán que pudiera sentirse molesto por su publicación. Pero, en todo caso, los reparos morales que se han esgrimido contra la aparición pública de las cartas podrían explicarse en el siglo pasado, cuando el recato de la familia era sacrosanto, y una mancha en el honor familiar salpicaba a los descendientes; pero no hoy, en 1973, cuando importa más la verdad histórica que una falsa moral que ya a nadie convence. La historia de los amores de dos grandes escritores como Galdós y la Pardo Bazán, desaparecidos sus descendientes inmediatos, no tiene por qué ocultarse como un pecado o un baldón, por muy poco ortodoxos que hayan sido tales amores.

En contraste con la tradicional pudibundez española, que trata de ocultar todo lo que no sea *ortodoxo* en la vida de un gran escritor, aunque haya transcurrido medio siglo desde su fallecimiento, un editor y escritor inglés, Nigel Nicolson, acaba de darnos un sorprendente ejemplo de respeto a la verdadera historia amorosa de un matrimonio de escritores, Harold Nicolson y Victoria Sackville-West, que eran precisamente sus padres, lo que no le ha impedido ser fiel a la verdad y contar en su reciente libro, *Portrait of a marriage*, los amores que cada uno vivió por su cuenta, aunque el matrimonio se llevó siempre bien y duró cuarenta y nueve años, hasta la muerte de Victoria en 1962, res-

petando siempre cada uno los amores del otro. Nigel Nicolson ha dudado durante años si debería dar a luz esa historia, y sólo cuando han muerto todos sus protagonistas, se ha decidido a hacerlo en un libro que no duda en llamar apasionante, y que incluye como documento más revelador y patético la autobiografía de su madre, Victoria —Vita para sus amigos— Sackville-West, a la que conoció hace unos veinticinco años en Madrid, con motivo de una conferencia que dio en el Instituto Británico, entonces regido por Walter Starkie, gran amigo de los gitanos y de los poetas españoles. Recuerdo que cuando leí, en mis años de estudiante, el *Orlando* de Virginia Woolf, para mi gusto uno de sus mejores libros, supe que el extraño protagonista, Orlando, personaje equívoco y fantástico, al que la autora lleva y zarandea de un siglo a otro, de un sexo al otro, como en una irreal y mágica aventura, no era sino un retrato de Vita Sackville-West. Pero el autor de *Portrait of a marriage* dedica sólo unas pocas páginas a evocar la amistad pura y tierna entre Vita y Virginia Woolf, que comenzó cuando ya no eran jóvenes y sí un tanto desengañadas. El tronco central del libro de Nigel Nicolson es la autobiografía, o diario íntimo, de Vita, su madre, en gran parte dedicado a contar, con la autenticidad de una experiencia y el talento de una novelista, su pasión amorosa por una joven dos años más joven que ella, Violeta Keppel.

En los años en que podía seguir con más atención la literatura inglesa, leí también uno de los libros más sugestivos de Vita Sackville-West, *Pepita*, que no es sino la historia de su abuela materna, una bailarina malagueña que conquistó a su abuelo, el honorable Lionel Sackville-West, quien llegó a heredar el título de lord Sackville. Pepita había nacido en Málaga en 1830 y se casó a los veinte años con un bailarín andaluz, Juan de la Oliva, pero el matrimonio apenas duró unos meses, y Pepita pasó por varios amantes antes de encontrar, en París, en 1852, a quien iba a serlo hasta su muerte, Lionel Sackville-West, que le dio cinco hijos, todos ellos ilegítimos, pues el aristócrata inglés nunca se decidió a casarse con la bailarina malagueña, aunque reconoció a algunos de sus hijos, entre ellos

a Victoria, la madre de Vita. Esa condición de hija ilegítima no le impidió a Victoria casarse con otro noble inglés, de nombre igual al de su padre, otro Lionel Sackville-West, primo suyo. Victoria se sentía orgullosa de su sangre andaluza, y creó una leyenda romántica según la cual Pepita, su madre, era hija ilegítima de una gitana malagueña y de un Grande de España, nada menos que el duque de Osuna. Pero el autor de *Portrait of a marriage* deshace esta romántica leyenda, y demuestra que la madre de Pepita, una gitana llamada

Catalina Ortega, se casó con un barbero malagueño, Pedro Durán, y al morir éste, se dedicó en Málaga a un viejo oficio de la gitanería: comprar y vender ropa vieja. Su nieta Victoria llevaba su nombre, pues al cristianarse se le puso el nombre de Victoria Josefa Dolores Catalina. Aficionada a las leyendas, inventó otra: que era hija de Pepita y de uno de sus amantes: el príncipe Yousouppoff. En cuanto a Pepita, recorrió Europa bailando, presentada por su empresario como «The Star of Andalusia», y llegó a dar un concierto en el



Vita, en sus últimos años. La foto está tomada en su cuarto de trabajo, en el castillo de Sissinghurst, en Kent. Al fondo, sobre la mesa, una foto de Virginia Woolf.



Harold Nicolson y Victoria Sackville-West, en su residencia de Sissinghurst, en 1932, veinte años después de contraer matrimonio.



Victoria Sackville-West (Vita para sus amigos), pintada por Laszlo, en 1910.

«Her Majesty's Theatre» de Londres. Pero no parece, según la impresión que nos da Nigel Nicolson en su libro, que fuese una gran artista. Lord Sackville fue su amante hasta la muerte de ella en 1871, en su casa de Archachon.

La mezcla de sangre inglesa y andaluza, y aún más de sangre inglesa y gitana, suele dar como fruto temperamentos originales. Victoria, la madre de Vita Sackville-West, lo era sin duda. Heredó algo del temperamento apasionado de la malagueña Pepita Durán, y su nieto Nigel nos da en su libro una lista de sus apasionados e importantes adoradores, aun después de su matrimonio con su primo Lionel: nada menos que lord Astor, Henry Ford, Pierpont Morgan, Auguste Rodin —que le hizo un busto que se conserva en el Museo Rodin, de París—, Rudyard Kipling, lord Kitchner y sir John Murray, su eterno *chevalier servant*, que al morir le dejó gran parte de su enorme fortuna.

En cuanto a su hija Vita, mostró muy pronto un carácter voluntarioso e independiente junto a no escasas dotes de escritora en verso y en prosa. Su temperamento ofrecía extrañas aristas, una mezcla de dureza y ternura, de pureza y egoísmo. No le importó nunca, con tal de conseguir

JOSE LUIS CANO

sus deseos, hacer sufrir a los seres que amaba, el primero de todos su propio marido, Harold Nicolson, con el cual se casó en 1913. Pero mucho antes de su matrimonio, sus tendencias lesbianas habían empezado a brotar, casi desde la infancia. Tres años antes de casarse había tenido la primera aventura de ese género con una joven aristócrata, Rosamund Grosvenor. Pero seguramente la gran pasión de su vida, si hay que juzgar por lo que ella nos cuenta en su diario, fue Violeta Keppel, a la que conoció en 1904, cuando tenía trece años y Violeta once. Esta pasión, que llena la mayor parte de su diario, la dominó por entero, sobrevivió a su matrimonio y tardó mucho en apagarse. Pero, a su vez, el amor a su marido, Harold —el amor más puro y hondo de su vida, nos dice Vita en su autobiografía—, sobrevivió también a su extinguida pasión por Violeta Keppel.

El lector que buscara este libro, *Portrait of a marriage*, pensando encontrar en él erotismo o pornografía, se llevaría un gran chasco. No hay en sus páginas ni una gota de sensualidad. La historia está contada con la máxima delicadeza, aunque no ocultando la fuerza avasalladora del amor que unía a Vita con su amiga, cuya historia llevó la novelista a una de sus novelas, *Challenge*, publicada en 1924. Pero dudo que esa novela, que no he leído, tenga el interés, incluso novelesco, de la historia que cuenta Vita en su autobiografía, y que quedará como un documento humano excepcional no sólo por su calidad literaria, sino, sobre todo, por la radical sinceridad de su confesión.

Los últimos años de Victoria Sackville-West transcurrieron en su castillo de Sissinghurst, en Kent, olvidada, al parecer, de sus pasiones juveniles. En un piso de la torre, situada en el centro de la posesión, se hallaba el cuarto de trabajo de la novelista, que dedicaba muchas horas a escribir, no sólo novelas y poemas, sino libros de jardinería, arte en el que era experta. Allí murió, de cáncer, en 1962, a los setenta años. Su marido, Harold Nicolson, después de una intensa carrera diplomática, abandonó ésta para consagrarse al periodismo y a la literatura. La muerte de Vita le afectó grandemente, y seis años después, en 1968, murió en el castillo de Sissinghurst, de un ataque al corazón. ■